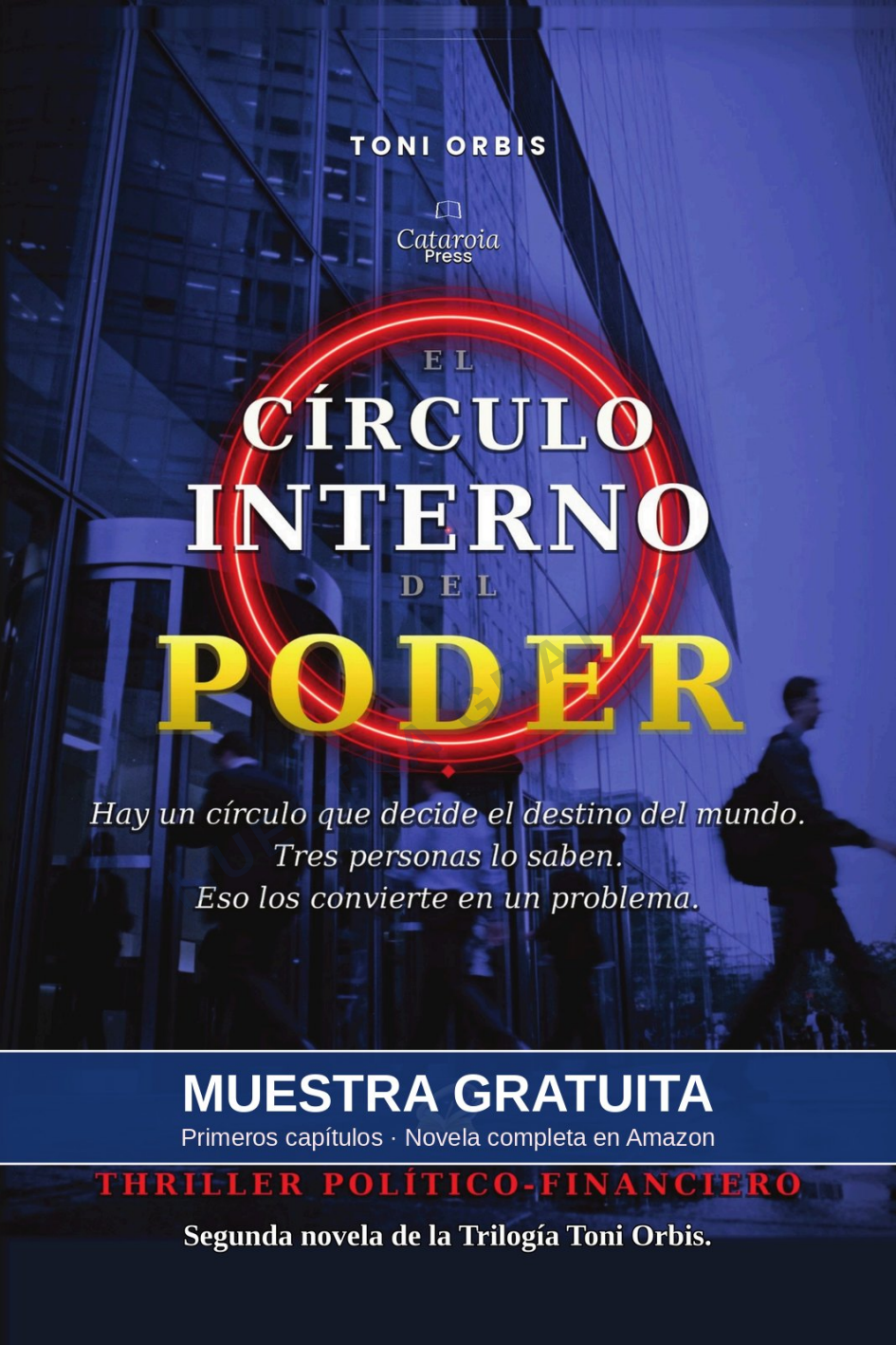

TONI ORBIS
Cataroia Press
EL CÍRCULO INTERNO DEL PODER
Hay un círculo que decide el destino del mundo.
Tres personas lo saben.
Eso los convierte en un problema.
MUESTRA GRATUITA
Primeros capítulos · Novela completa en Amazon
THRILLER POLÍTICO-FINANCIERO
Segunda novela de la Trilogía Toni Orbis.

EL CÍRCULO INTERNO DEL PODER

Segunda novela de la Trilogía Toni Orbis



MUESTRA GRATUITA

Toni Orbis

Valencia · 2026

MUESTRA GRATUITA

Primeros capítulos de la novela, cedidos por el autor para su lectura en gustapp. El texto coincide con el de la edición completa a la venta en Amazon, en Kindle y en tapa blanda.

También del mismo autor

Trilogía Toni Orbis

El Plan Métoikos

(Cataroia Press, 2025)

La Voluntad de GAIA

(Cataroia Press, 2026)

MUESTRA GRATUITA

El Círculo Interno del Poder

© 2025, Toni Orbis

© 2025, Cataroia Press, Valencia, por la presente edición

Primera edición: febrero de 2026

Edición digital revisada: mayo de 2026

ISBN-13: 979-8-2487-3388-0

ASIN: B0GM5KPS8L

Registro de la Propiedad Intelectual: O00019981e26P0006571

Diseño de cubierta: Toni Orbis

Maquetación: Cataroia Press

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Segunda novela de la Trilogía Toni Orbis

El Plan Métoikos · El Círculo Interno del Poder · La Voluntad de GAIA

MUESTRA GRATUITA

Muestra gratuita: contiene los primeros capítulos de la novela. Queda prohibida su venta, su reproducción y su distribución fuera de esta muestra. Muestra generada el 21 de octubre de 2026.

Para los que vigilan.

Y para los que preguntan quién vigila a los vigilantes.

MUESTRA GRATUITA

Índice

ACTO I · LA GRIETA 7
Capítulo 1 · El Informe Garza 8
Capítulo 2 · La Hija del Consorcio 14
Capítulo 3 · El Modelo Roto 21

¿Quieres seguir leyendo? 31

MUESTRA GRATUITA

ACTO I

LA GRIETA

MUESTRA GRATUITA

CAPÍTULO 1

El Informe Garza

17 de marzo de 2054 — Manhattan, Nueva York

Daniel Ashford llevaba cinco años mintiendo y aquella mañana, por primera vez, la mentira le produjo náuseas.

No figuradas. Reales. Un espasmo en la boca del estómago que le obligó a apartar el café y apoyar las palmas en el escritorio mientras el horizonte de Midtown se mantenía impasible al otro lado del ventanal. Planta cuarenta y dos. Una vista que costaba ciento ochenta dólares el metro cuadrado al año y que a Daniel, en aquel instante, le pareció el decorado de una obra de teatro en la que había olvidado su papel.

El correo había llegado a las seis y cuarto. Un mensaje cifrado en el canal interno de Helios, reenviado por error dentro de una cadena que no debería haber tocado su bandeja. El asunto: «Revisión Garza — Aprobación Directorio». Dentro, un PDF de cuarenta y siete páginas.

Lo leyó dos veces. La primera, deprisa. La segunda, despacio, que es como se leen las cosas que uno no quiere creer.

MUESTRA GRATUITA

El documento describía cómo Helios había utilizado un análisis elaborado por él, Daniel Ashford —designación interna NY-7—, para abrir posiciones contra el mercado del gas europeo durante la crisis de 2051. Beneficio neto: trescientos cuarenta y dos millones de dólares. Las jurisdicciones elegidas para ejecutar las operaciones —Luxemburgo, Singapur, Islas Caimán— hacían que todo fuera técnicamente legal. Técnicamente. La palabra favorita de los abogados que cobran mil doscientos dólares la hora.

Lo que él había escrito como un diagnóstico, alguien lo había transformado en un arma.

Daniel sabía para quién trabajaba. Hacía cinco años que lo sabía. Arjun Mehta lo reclutó una noche de enero de 2049, en un reservado del hotel Carlyle, con una promesa que a los veintitrés años le había parecido irresistible: no trabajar para un banco ni para un gobierno, sino para el mecanismo invisible que impedía que ambos colapsaran sobre la gente que vivía dentro. Su papel era limpio: gestionar su fondo de inversiones y, en paralelo, remitir informes trimestrales a Helios sobre anomalías en los mercados. Observar e informar. Un centinela en la torre, con un catalejo y sin armas.

El Informe Garza le decía que el catalejo era un arma. Y que llevaba cinco años apuntando sin saberlo.

MUESTRA GRATUITA

Cerró el PDF. Las siete y veintitrés. La oficina vacía salvo por el murmullo del aire acondicionado. Movió el cursor hacia la papelera. El dedo índice se quedó suspendido sobre el ratón durante siete segundos —los contó, porque contar era lo que hacía cuando necesitaba pensar y el tiempo no se lo permitía—.

Borró el correo.

Se levantó. Fue al baño. Se lavó la cara con agua fría. El espejo le devolvió un rostro que llevaba cinco años sin delatar nada: mandíbula cuadrada, ojos de un gris verdoso que su madre llamaba «color de dinero viejo». Un buen disfraz. Quizá demasiado bueno.

Volvió al escritorio. Abrió la carpeta de elementos eliminados. Recuperó el mensaje.

. . .

Nora Graves llegó a las ocho y diez con dos vasos de café de Bluestone Lane y la energía compacta que la caracterizaba: metro sesenta y dos de determinación envuelta en un traje gris que conseguía parecer informal sin serlo. Dirigía las finanzas de Ashford & Calloway desde su fundación y tenía la habilidad poco común de hacer que los números parecieran una conversación en lugar de un interrogatorio.

—Tienes mala cara —dijo, dejando el café sobre su escritorio—. ¿Has dormido aquí?

MUESTRA GRATUITA

—He llegado temprano.

—«Temprano» son las siete. Las seis y cuarto ya es insomnio. —Se sentó en la silla de enfrente y abrió su carpeta del día—. Tenemos la llamada con los nórdicos a las diez. Y Jensen ha escrito otra vez preguntando por nuestra exposición al sudeste asiático.

Sudeste asiático. Daniel sintió un pinchazo detrás de los ojos. Jensen, el director de riesgos del fondo danés, llevaba dos meses pidiendo informes detallados sobre la exposición de Ashford & Calloway a los mercados asiáticos. Era una diligencia rutinaria. Pero esta mañana, «sudeste asiático» significaba otra cosa. Significaba Singapur. Significaba la Torre Solaris.

—Dile que le mando el desglose esta tarde.

Nora lo miró un segundo más de lo necesario. Nora tenía ese instinto: no el de una analista que lee balances, sino el de alguien que lleva años trabajando con una persona y reconoce las frecuencias que no encajan.

—Daniel.

—¿Sí?

—El correo cifrado de esta mañana. —Lo dijo con naturalidad, como quien menciona el tiempo—. ¿Es algo de lo que debería preocuparme?

El silencio duró medio segundo. Medio segundo es una eternidad cuando dos personas que se conocen se miran a los ojos.

MUESTRA GRATUITA

—No sé de qué me hablas.

—Vale. —Nora recogió su carpeta y se levantó—. Pero si en algún momento «no sé de qué me hablas» se convierte en algo más largo, ya sabes dónde estoy.

Salió del despacho. Daniel se quedó solo preguntándose si Nora había visto la notificación en su pantalla, si había adivinado algo, o si simplemente había hecho lo que mejor sabía hacer: encontrar la grieta antes de que apareciera en el balance.

Pasó el resto de la mañana haciendo lo que siempre hacía: llamadas con inversores, revisión de posiciones, análisis de riesgo. El lenguaje de su vida profesional legítima: una vida que era real pero incompleta, como un cuadro al que le faltara una esquina que nadie podía ver porque estaba tapada por el marco. A las tres y cuarto recibió la llamada de los nórdicos. A las cinco firmó tres documentos de compliance. A las seis menos cuarto, cuando Nora se despidió desde la puerta con un gesto que decía «no te quedes hasta tarde», Daniel asintió, esperó a que el ascensor se la llevara, y abrió de nuevo el Informe Garza.

Esta vez lo leyó con un bolígrafo rojo, marcando las cifras clave, los nombres, las jurisdicciones. Y cuando terminó, hizo algo que no había hecho en cinco años de relación con Helios: guardó una copia en un disco duro externo que no estaba conectado a ninguna red, lo metió

MUESTRA GRATUITA

en el doble fondo de un cajón de su escritorio, debajo de los informes fiscales del fondo, y se fue a casa.

Su apartamento estaba en la calle 72 Oeste, cerca de Central Park. Se sentó en el sofá sin encender la luz. Manhattan brillaba al otro lado de la ventana: un millón de ventanas iluminadas detrás de las cuales otras tantas personas vivían vidas que no incluían correos cifrados ni organizaciones sin nombre ni la sospecha de que el suelo bajo sus pies estaba calculado para soportar un peso que hacía tiempo que había superado.

En algún lugar de aquel apartamento, en un cajón de la mesilla, había una tarjeta de visita que Mehta le dio la noche del Carlyle. No llevaba nombre. Solo un número de teléfono y una frase impresa en letra pequeña: «Para cuando necesites hablar con alguien que entienda.»

Daniel no llamó. No sabía si el número servía para pedir ayuda o para confirmar que la necesitabas. Y en el mundo de Helios, pedir ayuda y señalar tu debilidad eran la misma cosa.

No sabía qué iba a hacer con el Informe Garza. Solo sabía que borrarlo habría sido lo que habría hecho el Daniel de antes. Y el Daniel de antes acababa de morir en un despacho de Midtown a las siete y veinticuatro de la mañana de un martes de marzo, sin testigos ni epitafio.

MUESTRA GRATUITA

CAPÍTULO 2

La Hija del Consorcio

4 de abril de 2054 — Bruselas, Bélgica

Los tres documentos procedían del mismo sitio. Martina Kessler lo supo el lunes por la mañana, sentada en su apartamento de sesenta metros cuadrados en Saint-Gilles, frente al muro de corcho donde llevaba tres años cartografiando las relaciones subterráneas entre el poder político y el financiero en Europa. Lo supo porque los metadatos no mentían, aunque los remitentes sí.

Tres filtraciones. Tres buzones distintos. Y los tres archivos exportados desde un sistema que operaba en la franja horaria UTC+8: sudeste asiático. Con una fuente tipográfica incrustada idéntica que no era estándar en ninguna institución europea.

Alguien se había molestado en enviarlos desde tres direcciones distintas para que parecieran independientes. Y ese alguien no era un informante del Banco Central Europeo.

El problema era que el reportaje que Martina había construido con esos documentos ya estaba publicado.

MUESTRA GRATUITA

Siete páginas en la edición digital de Der Spiegel. Titular: «La puerta giratoria que nunca se cierra: cómo 23 exdirectivos del BCE acabaron en los consejos de los bancos que regulaban». Doscientas mil lecturas. Tres europarlamentarios pidiendo investigación formal. El portavoz del BCE emitiendo un comunicado de siete párrafos que no decía nada con una elocuencia admirable.

Los datos eran impecables —verificados tres veces, contrastados con registros mercantiles de siete países—. Lo que no era impecable era la forma en que los había obtenido.

Seis años en el periodismo de investigación le habían enseñado a distinguir entre una historia que ella encontraba y una historia que alguien quería que encontrara. La diferencia era sutil pero inconfundible: una historia encontrada tiene bordes ásperos, cabos sueltos, datos que se resisten. Una historia servida tiene la textura lisa de lo manufacturado.

Las tres filtraciones habían llegado a intervalos de dos semanas. La primera cuando estaba atascada. La segunda cuando necesitaba exactamente ese tipo de documento para confirmar una hipótesis. La tercera cuando al artículo le faltaba un detalle para pasar de buen reportaje a bomba periodística.

Tres golpes de suerte. Y Martina Kessler no creía en la suerte.

MUESTRA GRATUITA

. . .

No mencionó la investigación a nadie del Consorcio Europeo de Periodismo de Investigación, donde trabajaba desde hacía tres años. No por desconfianza hacia sus colegas, sino porque una investigación sobre tus propias fuentes es un asunto privado, como descubrir que la persona con la que llevas un año cenando te ha estado mintiendo sobre su apellido: quieres averiguar la verdad antes de decidir si importa.

Buscó en su base de datos de contactos a todos los que tenían conexión con el sudeste asiático y con regulación financiera europea. Siete nombres. Tres académicos. Dos funcionarios internacionales. Un abogado de Singapur. Y un séptimo resultado que no era una persona sino una estructura corporativa: un conglomerado con sede en Singapur y presencia en treinta y dos países.

Grupo Helios.

El nombre aparecía en los márgenes de varias investigaciones del Consorcio, siempre de forma tangencial: un inversor minoritario en un fondo que financiaba infraestructura en el Sahel, un socio tecnológico de una consultora que asesoraba al Banco Mundial, un patrocinador discreto de conferencias sobre gobernanza financiera global. Nunca en el centro. Siempre en la periferia. Como una

MUESTRA GRATUITA

sombra que aparece en los bordes del campo visual y se disuelve cuando giras la cabeza.

Martina sabía lo que significaba una presencia así: no la ausencia de poder, sino su ejercicio deliberadamente invisible. Las organizaciones que aparecen en todas partes y en ninguna no son discretas por timidez. Son discretas porque su influencia depende de que nadie la vea.

Clavó tres chinchetas rojas en el muro formando un triángulo. Escribió «Grupo Helios» en el centro. Lo subrayó dos veces.

Y comprendió que la historia que había publicado era solo la superficie. Que debajo había algo más grande. Y que alguien había querido que ella se asomara al borde, pero no que mirara abajo.

. . .

—Kessler, tienes una llamada del gabinete de Duchamp.

La voz era de Piotr Kaminski, el redactor jefe adjunto, un polaco de cincuenta años que había sobrevivido a dos décadas de periodismo de investigación conservando el pelo, el sentido del humor y la capacidad de decir «no comment» en once idiomas.

—Diles que no hago comentarios sobre artículos publicados.

MUESTRA GRATUITA

—Ya se lo he dicho. Dicen que quieren «aclarar ciertos malentendidos». En persona.

—Diles que mis artículos no contienen malentendidos. Si encuentran un dato incorrecto, que lo pongan por escrito y lo envíen al departamento legal.

Piotr sonrió.

—Te van a odiar.

—Ya me odian. La cuestión es si me odian lo suficiente como para hacer algo estúpido. Y cuando hacen algo estúpido es cuando yo publico el segundo artículo.

—Hablando del segundo artículo —Piotr bajó la voz, aunque en la redacción no había nadie lo bastante cerca para oírlo—: ¿hay segundo artículo?

Martina lo miró. Piotr llevaba veinte años haciendo preguntas y sabía distinguir las que se hacen por curiosidad de las que se hacen porque la respuesta importa.

—Puede que haya algo más grande que el BCE.

—¿Cuánto más grande?

—No lo sé todavía. Pero la fuente de las filtraciones no es europea.

Piotr no dijo nada. En periodismo de investigación, el silencio después de una frase así es una forma de decir «ten cuidado» sin pronunciar las palabras.

. . .

MUESTRA GRATUITA

Llamó a su madre en Zúrich esa noche, como hacía cada miércoles. Hablaron de la primavera que llegaba, de las flores que Helen estaba plantando en la terraza, del primo que se casaba en junio. No mencionó el reportaje ni el sudeste asiático ni las chinchetas rojas en el muro de corcho. Su madre, que a los sesenta y siete años conservaba la capacidad suiza de percibir lo que no se dice con más claridad que lo que se dice, preguntó:

—¿Estás metida en algo complicado, cariño?

—No más de lo habitual.

—Ten cuidado. Tu padre siempre decía que las cosas más peligrosas son las que parecen aburridas hasta que dejan de serlo.

Martina sonrió. Su padre. Klaus Kessler, diplomático suizo retirado, que murió cuando ella tenía doce años de lo que los médicos llamaron un aneurisma y lo que la familia llamó una injusticia. Un hombre tranquilo que trabajaba en informes sobre aranceles para la OCDE, que nunca llegaba a tiempo para cenar, y que dejó un vacío que Martina había llenado con trabajo, ambición y la convicción de que la verdad era la única deuda que merecía pagarse.

MUESTRA GRATUITA

—Siempre tengo cuidado, mamá.

Colgó. Miró el muro de corcho. Y se dio cuenta de que el mapa tenía un agujero en una zona que nunca había investigado: el sudeste asiático. Un agujero que, hasta esa

semana, no le había parecido relevante. Ahora le parecía el centro de todo.

Martina Kessler siempre miraba abajo.

MUESTRA GRATUITA

CAPÍTULO 3

El Modelo Roto

11 de abril de 2054 — Estocolmo, Suecia

A las tres y siete de la madrugada, mientras el café de la cafetera italiana se enfriaba en una taza que llevaba su nombre garabateado con rotulador, Soren Lindqvist encontró una huella que no debería existir.

Alguien había apostado contra el yen por valor de doce mil millones de dólares. Setenta y tres operaciones aparentemente independientes, distribuidas a través de once intermediarios en cuatro países, ejecutadas en una ventana de treinta y seis minutos. Cuarenta minutos antes de que el Banco de Japón anunciara que no intervendría en el mercado cambiario.

Cuarenta minutos de ventaja. Alguien había sabido de antemano lo que el banco central iba a hacer.

Eso, por sí solo, era grave pero no sorprendente. Lo que heló a Soren fue el patrón de ejecución. Los intervalos entre operaciones eran regulares: 28 a 34 segundos, la firma temporal de un único algoritmo distribuyendo las órdenes para simular dispersión.

MUESTRA GRATUITA

Soren conocía esa técnica. La conocía porque la había diseñado él mismo, seis años atrás, para el sistema de ejecución del Grupo Helios.

No era una copia. Era su diseño, con ajustes menores —intervalos ligeramente más largos, un intermediario adicional en Hong Kong—, pero reconocible para su creador como un padre reconoce la letra de un hijo en una carta sin firma.

. . .

Había encontrado la huella buscando otra cosa. Su modelo predictivo —tres ordenadores en un apartamento de cuarenta y seis metros cuadrados en Södermalm, no los servidores de Goldman Sachs— llevaba catorce meses sin un fallo. Catorce meses de predicciones correctas sobre tipos de interés, intervenciones cambiarias y mercados de deuda, con un margen de error inferior al 4,2 por ciento. El modelo se llamaba Cassandra, porque Soren tenía un sentido del humor que solo él encontraba gracioso. La que ve lo que viene y nadie le cree.

Cassandra había predicho que el Banco de Japón intervendría el yen el martes 8 de abril. No intervino. Un fallo aislado no era alarmante. Lo alarmante fue que al buscar la causa, encontró la huella de su propio algoritmo moviendo doce mil millones.

MUESTRA GRATUITA

Lo cual significaba o que Helios tenía un informante dentro del banco central, o que tenía la capacidad de influir en sus decisiones.

Lo segundo era mucho peor. Porque si Helios podía influir en un banco central, no era un observador. Era un actor. No vigilaba las fracturas del sistema: las aprovechaba. O las creaba.

Se levantó de la silla —una Herman Miller Aeron que costaba más que el resto del mobiliario junto, porque un matemático que pasa dieciséis horas diarias sentado necesita una herramienta de trabajo que no lo destruya— y fue hasta la ventana. Södermalm dormía bajo una capa de escarcha. Sobre la nevera, sujeta con un imán de la universidad de Lund, una fotografía que no miraba pero no retiraba: él y Anna en el archipiélago de Estocolmo, verano de 2049. Ella con un pañuelo rojo y los ojos entrecerrados por el sol. Él con veinticinco años y la expresión de alguien que todavía cree que se puede tener una vida secreta sin que la vida secreta se coma a la otra.

Anna lo dejó en noviembre de 2050. Una noche lo encontró hablando por teléfono en el balcón, a las dos de la madrugada, en mandarín —uno de los cuatro idiomas que ella descubrió esa noche que él hablaba—, y cuando le preguntó con quién hablaba y por qué, Soren mintió. Mintió mal. Y Anna, que era restauradora de muebles y tenía la habilidad de detectar las juntas falsas en la madera

MUESTRA GRATUITA

y en las personas, le dijo: «No me importa lo que sea. Me importa que no puedas contármelo. Y si no puedes contármelo, no puedo quedarme.»

Un año después, dejó Helios. Pero para entonces ya no había nadie a quien contarle la verdad.

. . .

A las cuatro y once sonó el teléfono. Un número de Estocolmo que no tenía registrado, lo cual ya era extraño: Soren registraba todos los números que recibía, incluidos los de teleoperadores y estafas, porque descartar información antes de analizarla era un pecado contra la estadística. No contestó. Dejó que saltara el buzón de voz.

Treinta segundos de silencio. Luego una voz masculina, con un acento que identificó como del África occidental anglófona superpuesto a una dicción cuidada que sugería educación británica:

—Señor Lindqvist. Mi nombre no le dirá nada todavía. Pero usted y yo compartimos un problema: los dos sabemos lo que Helios está haciendo con el algoritmo que usted diseñó. Estoy en Estocolmo. Estaré aquí hasta el viernes. Si quiere hablar, responda con la hora y el lugar. Si no, borre este mensaje y siga con su vida. Pero sepa una cosa: Rajan Sundaram murió hace casi siete meses. Y desde que murió, las personas que él colocó en posiciones

MUESTRA GRATUITA

clave están siendo retiradas una a una. Usted fue la primera. No será la última.

Reprodujo el mensaje tres veces. No era una grabación: la respiración tenía las irregularidades de alguien que habla en tiempo real y elige las palabras mientras las pronuncia. Quien fuera aquel hombre, conocía a Sundaram. Y la muerte le importaba.

Soren miró la pantalla de Cassandra. Doce mil millones. Cuarenta minutos de ventaja. Su algoritmo, pervertido.

Pulsó «responder». Cuatro palabras: «Mañana. Mediodía. Fotografiska.»

. . .

El hombre entró en la cafetería del museo de fotografía a las doce en punto. Alto, delgado, abrigo oscuro, barba canosa. Caminaba con el paso medido de alguien que ha cruzado muchos aeropuertos y ha aprendido que la velocidad no ahorra tiempo. Llevaba una carpeta de cartón marrón bajo el brazo.

—Señor Lindqvist.

—La voz del buzón.

—Mi nombre es Vikram Asante. Tengo setenta y dos años. Fui operativo del Grupo Helios durante veintitrés, de 2003 a 2026.

MUESTRA GRATUITA

—Eso es mucho tiempo dentro.

—Y tres años fuera para usted, ¿no? —Vikram pidió un té al camarero que se acercaba—. Suficiente para construir un modelo bastante bueno. No tanto como el nuestro, pero bastante bueno.

Soren no respondió al halago encubierto. Los halagos eran la primera herramienta de reclutamiento de cualquier organización de inteligencia, y que Vikram fuera un exoperativo no significaba que hubiera dejado de pensar como uno.

—¿Qué quiere?

—Contarle lo que Helios es en realidad. No lo que le dijeron cuando entró: lo que es.

Vikram removió el té despacio, como si el gesto le ayudara a ordenar las ideas. Y empezó a hablar.

Helios, dijo, no era un servicio de inteligencia ni una consultora ni un fondo de inversión. Era una red privada de inteligencia financiera creada en 2003 por siete economistas que habían visto desde dentro del Banco Mundial cómo el poder financiero devoraba a las naciones que supuestamente protegía. Su fundador y presidente, Rajan Sundaram, la concibió como un mecanismo de vigilancia: cartografiar las redes de corrupción que conectaban gobiernos, bancos y multinacionales, y usar esa información para impedir que el sistema colapsara.

MUESTRA GRATUITA

—Una idea noble —dijo Vikram—. Y durante los primeros años, funcionó. Documentamos redes de corrupción en Indonesia, en Nigeria, en media docena de países donde los bancos occidentales financiaban a dictaduras a cambio de acceso a recursos naturales.

—¿Y después?

—Después descubrimos que la información sobre corrupción es más valiosa como moneda de cambio que como denuncia. Helios no entregó los informes a los fiscales. Los usó para negociar. Silencio a cambio de acceso. Acceso a cambio de influencia. Influencia que convirtió a una organización de siete personas en una red con presencia en treinta y dos países y la capacidad de mover mercados.

Soren lo interrumpió por primera vez:

—Eso es lo que yo diseñé. El sistema de ejecución.

—Usted diseñó la herramienta. Pero no sabe para qué se está usando ahora. —Vikram abrió la carpeta y sacó una hoja con tres nombres—. Desde que Sundaram murió en septiembre, Helios se ha fracturado. Hay tres facciones. La primera es Lena Sjöberg, la directora operativa: quiere mantener la misión original. La segunda es Arjun Mehta, el director financiero: quiere que Helios se convierta en lo que ya es de facto, un actor de mercado con capacidad de intervención. La tercera no tiene nombre todavía, pero tiene un plan: provocar una crisis financiera controlada

MUESTRA GRATUITA

para demostrar que sin Helios el sistema no puede sobrevivir. Una crisis que justifique su existencia ante los gobiernos que empiezan a sospechar que existe.

—¿Cómo de grande?

—Doce billones de dólares en pérdidas estimadas. Una recesión de tres a cinco años.

Soren se quedó inmóvil. La cifra era demasiado precisa para ser una especulación.

—¿Quién lidera la tercera facción?

—Mehta. La segunda y la tercera son la misma. Mehta quiere ser un actor de mercado porque necesita una crisis para financiar a Helios durante los próximos cuatro años. Generar el problema y vender la solución. Es el modelo de negocio más antiguo del mundo. Solo que esta vez el negocio puede arrastrar a la economía global.

—¿Y usted qué quiere?

—Que esto se sepa. Llevo años recopilando documentación: operaciones encubiertas, programas que nunca debieron existir, una lista de operativos descartados que Helios prefiere que no hablen. Lo llamo el Archivo Prometeo. Y estoy buscando a personas que tengan algo que yo no tengo: acceso a los datos actuales de la red.

Vikram dejó la carpeta sobre la mesa. Dentro, bajo la hoja con los tres nombres, Soren vio el borde de lo que parecían decenas de documentos.

MUESTRA GRATUITA

—No le pido que confíe en mí —dijo Vikram—. Le pido que compruebe lo que le he contado con las herramientas que tiene. Si su modelo es tan bueno como creo, le dirá lo mismo que me dijo a mí la experiencia: que Helios dejó de vigilar el sistema hace mucho tiempo. Ahora es parte de él.

Vikram se fue a la una menos cuarto. No dejó número de teléfono. Dijo que volvería al mismo sitio el viernes a la misma hora, y que la decisión era de Soren.

. . .

Soren volvió a su apartamento. Se sentó frente a Cassandra. E introdujo una variable que había jurado no volver a usar: el código interno de Helios. La llave maestra que se llevó la noche que salió de la Torre Solaris, porque nadie se molesta en cambiar las cerraduras cuando cree que el ladrón no va a volver.

Cassandra tardó once minutos en recalibrar. Cuando lo hizo, el margen de error bajó del 4,2 al 1,7 por ciento. Y el modelo identificó con claridad la fuente principal de distorsión en los mercados de deuda, en los de derivados energéticos, en las intervenciones cambiarias y en la regulación financiera de las tres mayores economías del mundo.

No era un gobierno. No era un banco. No era un fondo.

MUESTRA GRATUITA

Era una dirección IP en Singapur.

MUESTRA GRATUITA

¿Quieres seguir leyendo?

Hasta aquí llega esta muestra gratuita de «El Círculo Interno del Poder». La novela completa está a la venta en Amazon, en edición Kindle y en tapa blanda, y la historia continúa justo donde la has dejado.

Seguir leyendo en Amazon.es

Si el botón no responde en tu dispositivo, busca «El Círculo Interno del Poder» en amazon.es o entra en toniorbis.com, donde tienes los enlaces de todas las ediciones.

«El Círculo Interno del Poder» forma parte de la Trilogía Toni Orbis, tres novelas independientes que pueden leerse en cualquier orden. Las otras dos son *El Plan Métoikos* · *La Voluntad de GAIA*; también tienes sus primeros capítulos en gustapp.

Y si quieres decirme algo, escríbeme a autor@toniorbis.com. Gracias por leer.

— Toni Orbis

MUESTRA GRATUITA



MUESTRA

Sobre el autor

Toni Orbis es un escritor valenciano cuya obra explora las intersecciones entre el poder, la tecnología y las decisiones humanas que configuran el mundo que habitamos.

Su primera novela, «*El Plan Métoikos*» (Cataroia Press, 2025), es un thriller de ciencia ficción que examina los dilemas de la evolución humana y el contacto con civilizaciones extraterrestres. «*El Círculo Interno del Poder*» es su segunda obra, un thriller político-financiero que indaga en las estructuras invisibles que sostienen —y amenazan— el sistema económico global. «*La Voluntad de GAIA*» es la tercera y última novela de la trilogía, donde las fronteras entre inteligencia artificial, neurociencia y poder político se difuminan hasta desaparecer.

Nacido en Valencia, España, Orbis compagina la escritura con su interés por los mercados financieros, la inteligencia artificial y la narrativa como herramienta de comprensión del mundo. Parte de esta novela fue escrita durante las semanas posteriores a la DANA que devastó Valencia en octubre de 2024.

«Escribo por dictado del corazón, dando uso a la razón.»

Descubre más sobre el autor en: **toniorbis.com**

Contacto: **autor@toniorbis.com**

MUESTRA GRATUITA